

¿Virtual o presencial, es ese el dilema? Las bibliotecas y el COVID-19

Para Tere López Avedoy

Me han pedido que prepare un texto acerca de los problemas y dilemas que enfrentan las bibliotecas públicas a raíz del COVID-19.

Sé que podrá parecer extraño que para alimentar la charla con mis compañeros inicie hablando de un tema que para no pocos podrá parecer baladí o incluso paradójico: las bibliotecas y la conversación.

Las bibliotecas, públicas o no, siempre han estado asociadas al silencio. Y frente a cosas tan importantes como el estudio o el trabajo, con los que también están asociadas, la conversación puede resultar fútil.

En las siguientes páginas espero poder no solo rebatir esa idea e inducirlos a pensar que la esencia de las bibliotecas tiene que ver con alimentar la conversación. Me propongo también insinuar algunas ideas que permitan comprender la importancia social de la conversación, y mostrar la singularidad de las bibliotecas públicas para animarla universalmente. Ya me dirán después ustedes si hay otro espacio o institución que lo haga de mejor manera y si esto no tiene valor en una época signada por la proliferación de soliloquios.

Empiezo.

Aprender de la experiencia ajena, esa es sin duda una de las justificaciones para acumular libros y crear bibliotecas.

Quevedo lo dijo en “La torre”, un soneto hermoso:

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos,
y escucho con mis ojos a los muertos.
Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o fecundan mis asuntos;
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.*

A pocos meses de que las bibliotecas públicas del mundo entero fueran de manera súbita cerradas vuelvo a leer ese hermoso soneto, y se me queda resonando este verso:

Si no siempre entendidos, siempre abiertos,

Quizá porque ahora, de manera dubitativa y temerosa, se comienza a hablar de reabrir las, me parece esencial reflexionar sobre la apertura que menciona Quevedo.

Preciso: cuando menciono la palabra esencial no me estoy preocupando por las bibliotecas, sino por la sociedad entera. Hoy, cuando aparentemente faltan recursos y afloran viejas y nuevas necesidades, lo que está en juego, creo, es mucho más que el futuro de tal o cual institución. Y es que difícilmente podremos aprender algo de una experiencia tan traumática si continuamos todos mirándonos el ombligo. No se trata de la sobrevivencia, sino de elegir en qué sociedad queremos vivir y si todos tenemos ese derecho.

Leer y escribir, diarios, cartas, poesías, relatos, ensayos, manuales o periódicos, son momentos de la conversación. Hice el repaso de los diarios a los libros, pasando por los periódicos, para mostrar que incluso en el género más recalcitrantemente íntimo la conversación existe.

Nadie escribe para poner en papel lo que ya había pensado sino para activar una conversación. Con otros que lo precedieron y con otros, conocidos o no, a los que quiere llegar. Al hacerlo, de pronto se hace evidente que también queremos conversar con esos otros que forman parte de nos-otros mismos, por llamar de alguna manera a esa tribu que habita en cada uno de nosotros y se hace visible o invisible en una conversación.

Somos porque nos encontramos a alguien que nos hace ser. Como lo descubren los amantes cuando de manera simultánea se descubren diferentes de quienes habían sido y al mismo tiempo se reconocen en ese desconocido a su ser más prístino.

Pero la conversación no depende de los libros ni de la palabra escrita. **Más aún, la conversación no depende solo de las palabras.** Y es justamente esa dimensión la que quiero traer a colación cuando estamos hablando de las bibliotecas públicas.

Sé que nuevamente puede parecer extraño que para hablar de lo que debemos preservar de las bibliotecas públicas aluda a la dimensión no verbal de la conversación, si lo que encierran las bibliotecas son principalmente palabras.

Lo hago no solo consciente de esta aparente paradoja. Lo hago sostenido en la escucha atenta de los usuarios de las bibliotecas públicas que, como ustedes bien saben, no solo son lectores y escritores.

Las bibliotecas públicas, digámoslo claramente, en cualquier parte del mundo son refugio, lugar de trabajo y placer, y convivencia de la más abigarrada diversidad de personas. Y el único espacio que no solo los invita a participar de la conversación sino que los habilita a ello.

Hoy, desde diferentes ciencias, sabemos que conversamos con el cuerpo entero y percibiendo el entorno, no solo las palabras y gestos del interlocutor. Somos conscientes de que percibimos lenguajes que nos invitan o inhiben hablar e incluso pensar. Eso le da un valor cada vez mayor al cuerpo y el espacio, dos dimensiones tradicionalmente omitidas de los análisis de las bibliotecas. Y también hace resonar de manera al ambiente sonoro que las caracteriza.

Desde hace mucho tiempo, sabemos que el silencio es solo un concepto. Una aspiración inalcanzable.

El silencio de las bibliotecas es, en realidad, una invitación a conversar. Sin duda puede ser intimidante en un principio. Pero cuando el usuario regresa, poco a poco se va habilitando a ello.

Traigo a colación la más hermosa cara que recibí tras mi salida de la biblioteca. Se trata de un indigente que se hace llamar Joe Henry. Lo cito textualmente:

Joe Henry Enci

lun., 11

mar.

2019

13:42

para mí

“sr director debo decirle que yo habia considerado mi vida terminada en muchos sentidos cuando llegue por casualidad y recomendacion de algunos compañeros a este lugar.

Pronto me encuentre evaluando cursos que tomar y actividades multiples en las que participe cada vez con mayor fervor y finalmente el año pasado ya estaba tomando casi todos los cursos en una aceleracion de temas cada vez mas interesantes y de elevado nivel cultural y laboral tome casi toda literatura talleres para escritores actores y de danza que ni siquiera habia soñado le darian un vuelco a mi vida que fue cada vez mas claro yo tenia que producir arte y su usted nos daba mas material para llevar esos sueños a la realidad. (...)”

Joe Henry, en efecto, había llegado a la biblioteca para encontrar un resguardo. Un espacio en el que no lo molestaran transeúntes ni policías. Y ese lugar de refugio fue la biblioteca. Y lo debe seguir siendo, para personas como él, y para todos. ¿Hay otros espacios así en nuestras urbes?

Yo no los he encontrado. Por eso me interesan las bibliotecas, No solo por el amor a los libros. Por ser espacios hospitalarios. Refugios universales en la abigarrada selva de nuestras ciudades.

Asumido esto, podemos comenzar a pensar qué está en juego con la apertura de los recintos bibliotecarios, ahora que tan fácil parece sustituirlos por cerebros electrónicos que alimenten la más extensa variedad de pantallas...

No quiero extenderme enumerando los estudios sociológicos que hablan de la falsedad del supuesto acceso universal a Internet. Tampoco voy a

enumerar la diversidad de usuarios que acuden a las bibliotecas públicas. No pocas veces, lo sabemos, son ellas el único lugar donde muchas personas pueden acceder a Internet, acervos o encontrar un espacio para sentarse y trabajar.

Ya lo mencionaremos en nuestra charla.

Prefiero hacerlo desde otro lugar, más misterioso. Y guiado por mis recuerdos de las charlas con los usuarios. Evocando a los que tuve a lo largo de los 5 años y 50 semanas que fui director de la biblioteca Vasconcelos, situada en un supuesto desierto cultural de la ciudad de México, que recibía anualmente casi dos millones visitas.

Como sucede a menudo, a esa biblioteca acuden niños que no hablan y ni siquiera caminan. También ancianos con bastones, adultos y cientos de jóvenes. Van solos y van en grupo. Los usuarios van a dormir, trabajar, estudiar, escribir, pasar el rato o investigar. A echar novio o a consolarse. Acuden por razones muy diversas, contradictorias entre sí. Pero curiosamente, quien va por una razón también puede días o años después ir por la razón opuesta. A veces su motivación puede cambiar en la misma jornada. Lo más significativo de todo es que, al cabo de un tiempo de asistir a la biblioteca, se descubren haciendo cosas que no se imaginaban que podían hacer. Como dijo Joe Henry.

Cuando entré en la biblioteca y todavía nadie me conocía, durante unos días quise aprovechar mi anonimato para charlar con los usuarios y tratar de entender por qué asistían.

Recuerdo particularmente un sábado que me paseé por los diferentes pisos e hice cerca de veinte entrevistas. Todas se iniciaban con una pregunta similar: qué estás haciendo y por qué has venido a la biblioteca. Luego les preguntaba si ellos dejarían de acudir si yo les ofreciera llevar a

sus domicilios lo que habían venido a buscar a la biblioteca. La respuesta, invariablemente, fue no.

Los que habían ido a consultar un libro, los que buscaban una computadora, incluso los que necesitaban paz y silencio, todos me dijeron venían porque querían llegar a otro espacio. Diverso del propio. Recuerdo particularmente un chico que me dijo que él tenía todo en casa: libros, internet, silencio. Pero lo especial fue la coincidencia de todos. El espacio diverso les era imprescindible.

A lo largo de 5 años y 50 semanas intenté entender ese porqué. Algunas personas de mi equipo me ayudaron a investigar. Particularmente Teresa López Avedoy, poeta, arquitecta y urbanista, que hizo su tesis de doctorado en y sobre la biblioteca y luego se ocupó del programa de investigación en el que compartimos muchos hallazgos y más preguntas.¹ Pero nunca encontramos la explicación que nos convenciera.

La biblioteca había sido un espacio para el encuentro con el otro, para descubrir al otro y dialogar con el otro.

Un espacio público para descubrirse otro.

Y al descubrirse otro, diverso de quien suponía ser, no pocas veces quien vino para estar solo a solas se sintió habilitado para conversar con otros.

Los espacios bibliotecarios ofrecen jardines de serendipia, por más organizados que estén.

¹ Aquí se pueden encontrar algunos resultados de esas indagaciones:

<https://www.ventanavasconcelos.com/inicio/page/2> y también aquí:

https://www.academia.edu/42180318/Investigar_desde_la_biblioteca_p%C3%BAblica._Resumen_de_resultados_de_investigaci%C3%B3n_del_primer_cuatrimestre_Ciudad_de_M%C3%A9xico_5_de_junio_de_2018

No son espacios silenciosos. Sino espacios para la conversación. Y lo son porque deben ser siempre y esencialmente espacios para la escucha.

Díganme, si no, qué otros espacios hay en nuestras urbes que puedan promover simultáneamente esas dos actividades tan aparentemente cotidianas. La escucha y la conversación. Para empezar, la de uno con uno mismo: para descubrirse diferente, para poder abrir un horizonte de esperanza.

El gran reto que enfrentamos en nuestro tiempo tiene que ver con nuestra habilidad para deshacernos de la tentación de rechazar la diversidad por temor al otro, que tiene su raíz justamente en evitar descubrir que en nuestro interior siempre somos diversos.

Si lo tenemos claro, podemos entender que el dilema no es lo digital o lo analógico. Ni siquiera si debe primar lo virtual o lo presencial. En todas las dimensiones de lo que se trata es de preservar la dimensión dialógica, que, dicho sea de paso, comienza con la escucha.

Una actividad aparentemente mecánica y anodina, lo sé. Pero a diario mueren cientos de miles de personas sin haber sido jamás escuchadas. Muchas de ellas pertenecen a ese grupo que los economistas llaman “pobres”. Pero no todos. Algunos incluso pertenecen a las clases más acomodadas.

Sin embargo, todos, absolutamente todos, son miserables.

Como espacios para la escucha que animan a la conversación, las bibliotecas combaten silenciosamente esa miseria atroz.

Eso es lo que está en juego hoy.

1 de junio 2020

Daniel Goldin

Jardín Lac. Lectura, arte y conversación en (y para) el espacio público